
a 00002 34001 4


LUX
LIBERTAS

ADMINISTRACIÓN
LIRICO-DRAMATICA

LA SEÑORA DE MORENO

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

LUIS DE ANSORENA



MADRID
CEDACEROS, 4, SEGUNDO
1891

LA SEÑORA DE MORENO

LA SEÑORA DE MORENO

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

LUIS DE ANSORENA

Estrenado en el TEATRO LARA la noche del 27 de Enero de 1891



MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1891

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
DOLORES..................	SRA. VALVERDE.
MERCEDES..................	RODRÍGUEZ.
AMALIA....................	SRTA. BLANCO.
DOÑA GERTRUDIS............	SRA. DOMÍNGUEZ.
FELIPA....................	SRTA. CRUZ.
JULIANITO.................	SR. RUIZ DE ARANA.
DON RUPERTO...............	TAMAYO.
PEPE......................	RAMÍREZ.
MELENDEZ..................	RUBIO.
UN MOZO (no habla)........	N. N.

ACTO UNICO

Decoración.—La fachada principal de un hotel, frente al público; piso principal y bajo.—En el principal tres balcones practicables.—Dos ventanas y puerta de entrada con grada y barandilla, en el centro.—Encima de la puerta un letrero que dirá: «Hotel de Roma.»—El resto de la decoración todo jardín.—Dos bancos de jardín uno á cada lado.

ESCENA PRIMERA

MELENDEZ y DOLORES sentados en el banco de la izquierda

MEL. Pero, Dolores; pero, Dolorcitas... Mire usted que me ha puesto en un compromiso atróz.

DOL. (Con marcado acento andaluz.) No tenga ustez miedo. Ya verá ustez cómo no le pasa na.

MEL. Pero, ¿y si efectivamente viene su marido de usted, ese dichoso señor Moreno?

DOL. Mejor. No deseo otra cosa. ¿No he venido yo á buscarle? Pues que venga.

MEL. Perfectamente que usted quiera cogerle en un renuncio; pero, ¿á qué me hace usted pasar por su hermano delante de todos?

DOL. ¡Jesú, hombre! ¡Hay que meterle á ustez las cosas con cucharón! Cuando me dijeron que habían visto á mi marido en París paseando del *brasete* de una... perdí el sentido. Cuando aquel mismo día recibí una esquelita de ese *arrastrao* disiéndome: «Lola, nena mía: he consultado con un espesialista y me ha re-

setado los baños de mar y voy á remojarme el cuerpo una temporadita,» perdí... volví á perder el sentido, sí, señor. Mi corasón me dijo: «ese te la está pegando.» Y al sospecharlo, vamos... ¿comprende ustez lo que me pasó entonses?

MEL. Entonces... entonces ya no tenía usted nada que perder.

DOL. Na, que se me subió la sangre á la cabeza y acompañada solamente de mi doncella... al tren.

MEL. Sí; en él estaba yo muy ajeno...

DOL. Mire ustez; mi primera idea fué meterme en un reservado de esos que hay para señoras solas; pero iban todos vasíos y á mí la soledad me dá un miedo... Puede entrar cualquier atrevido y ya sabe ustez lo delicás que son esas cosas... Y na; que ví un departamento donde iba un caballero solo, y allá nos metimos. Aquel caballero era...

MEL. Sí... era yo, que ya tenía el gusto de conocer á usted, aunque ignoraba su estado.

DOL. Vaya, hombre; esas cosas no se disen. Parese como que presume una, y como sólo nos conosíamos del comersio de que ustez es viajante, no hubo ocasión...

MEL. Bueno; pero repito á usted que lo que no puedo comprender es la idea que usted tuvo de decir que yo era su hermano.

DOL. Muy sencillo. Después de pasar la noche en el tren se me enfrió la sangre... y empecé á reflexionar en mi situasión. ¿Qué diría la gente al verme sola? Ustez ya sabe lo que pasa en estos baños. En seguidita... ¡pláf! el San Benito. Iba yo pensando en esto cuando llegamos á Burgos... ¿fué á Burgos, verdá?

MEL. Sí.

DOL. Subieron á nuestro departamento don Ruperto y su señora. «Buenos días...» «Muy buenos...» Lo de costumbre. Nos volvimos á acurrucar, y...

MEL. Y yo me volví á dormir.

DOL. ¡Uf! Hombre... ¡cómo ronca ustez! Mete miedo.

MEL. No lo puedo remediar.

DOL. Bueno; ustez se quedó dormido y yo me puse á escuchar lo que desían aquellos señores, y aquí entra lo bueno. Ná; que paresía que me los enviaba la Providensia. Hablaban de una amiga. La pobresica debía estar muy enferma, y el médico la había mandado á no se qué aguas, ¿sabe ustez? de esas mineralisás. «¿Y ha ido sola?» preguntó la mujer, doña Gertrudis. «¡Cá!» Respondió el marido. «¡Pues está bonito una señora sola en viaje y en baños! La acompaña su hermano.» Mire ustez, aquello se me clavó en el corazón. Después aquellos señores me hablaron... ¡Ea! Que hisimos conversasión. Yo estaba en ascuas. Y ná; que por no desir que iba sola... ¡Ay, hijo! ¡Lo que padesí en aquel rato! Usted concluyó de dormir... ¡grasias á Dios! y entonses... entonses...

MEL. Y entonces, don Ruperto, se dirige á usted y la dice: «ya se despierta su hermano.»

DOL. Como que le había hecho á ustez de mi propia sangre mientras dormía... y eso que, como roncaba ustez tanto, me dió una vergüensa... Mire ustez; la verdad: haserle á usté mi marido me paresía una atrosidad.

MEL. Muchas gracias.

DOL. Lo digo en el buen sentido de la palabra. Luego resultó que don Ruperto y su señora venían á esta misma playa y á este hotel, y no se ha podido deshacer el parentesco. Cuando llegue mi marido yo le explicaré el caso... Por supuesto, después de armarle una escandalera, si viene con la de París. Y él que sabe lo escrupulosa que soy para todas mis cosas, y que, á pesar de ser un canalla, es muy delicao para cuanto se rosa conmigo, le dará á ustez las grasias, y aquí no ha pasao ná.

MEL. Pero, diga usted; su marido ¿tiene prontos?

DOL. ¿Prontos?

MEL. Vamos; mal genio. ¿Si le da un trastazo á cualquiera en la primera impresión?

DOL. ¡Ay! ¡Cabalito! Lo ha asertado ustez.

MEL. ¿Sí, eh?

DOL. ¡Bah! En seguidita se le pasa. Pero no tenga ustez cuidado. En esta ocasión el primer golpe se lo va á llevar él.

MEL. Pero, ¿y el segundo, señora? ¿Y el segundo? Este es el que me interesa.

DOL. Dios mío, ¡qué gallina! Ea; vaya ustez á sus ocupasiones, que yo me quedo aquí un ratico con mi donsella. Mírela ustez; ya sale. (Felipa sale por la puerta del hotel.)

MEL. Sí, señora; voy á recoger un muestrario y en seguidita doy la vuelta.

DOL. Vaya; pues hasta luego, Meléndez; adiós, hermano, hermanito... Ná, que le voy tomando á ustez cariño. Tiene grasia, ¿verdá?

MEL. Mucha, mucha. (Aparte al salir.) (Que me voy, decididamente, en el primer tren. He jurado no recibir ya más golpes.) (Vase por la segunda izquierda.)

ESCENA II

DOLORES y FELIPA, que hará esfuerzos por contener la risa

DOL. ¡Chiquilla! ¿De qué te ríes?

FEL. De ese señor, señorita.

DOL. ¡Pobresico! Es más manso...

FEL. Ya se le conoce. Se las traga como ruedas de molino. ¡Creer que el señorito Pepe es su marido de usted!

DOL. Oye, ¿y por qué no había de creérselo? ¿No tengo yo cara de casada? (¡Esta muchacha es atroz!)

FEL. Sí; pero...

DOL. Pero no lo soy. ¿Qué importa? Lo he sido, y lo seré otra vez. (Si ese desnaturalisao no se ha salido ya de la red.) Y no era cosa de desirle al hortera: «caballero, sea ustez mi hermano y acompáñeme, que voy á coger en la trampa á mi novio.» No hay hombre que se preste á semejantes papeles. Y luego, como con una viuda se atreve todo el mundo...

FEL. Las hay que no...

DOL. (Paseándose por la escena.) Y que ese me la dá... (Volviéndose á Felipa.) Ya verás tú cómo Josefina no me ha engañado. Dise que le ha visto en París con otra y yo lo creo. Y los bañitos no son más que un pretexto para pegármela más tiempo.

FEL. Pero, señorita...

DOL. ¿Eh? ¡Mira! Lo que tú has de hacer es no dar un cuarto al pregonero de lo que pasa.

FEL. ¿Yo? ¡Cá! Pues poquito que me gustan á mí estas cosas.

DOL. Bueno, hija; pues cuidado con meter la patita, ¿eh?

FEL. Descuide usted. Yo... ni esto. (Se oye el silbato de una locomotora.)

DOL. ¡Ah! ¿Vendrá Pepe en este tren? Anda; vamos al cuarto, por si acaso. Si pudiéramos conseguir que no nos viese hasta el momento de dar el golpe, sería mucho mejor. Vamos. (Se dirigen al Hotel) Y cuidado con la patita, ¿eh?

FEL. ¡Vaya! ¡No faltaba más!

ESCENA III

DICHAS y JULIANITO

DOL. (Tropezando con Julianito al entrar en el Hotel.) ¡Ah! Perdón, caballero.

JUL. Señora, no hay de qué. (Entran en el Hotel Dolores y Felipa.)

ESCENA IV

JULIANITO, que se queda mirando á Dolores por un momento. Después, y cuando ésta ha desaparecido de la vista del público, como quien adopta una resolución, saca una carta, la estira con cuidado y entra en el vestíbulo del Hotel, de modo que por un momento la escena queda sola. Vuelve á salir.

JUL. ¡Nada! ¡Que me dá una vergüenza!... Hace tres días que llevo esta esquelita y siempre me subo con ella en el bolsillo. No me

atrevo á entregársela ni á ésta ni á la del número doce, que también es buena mujer y que viaja sola, y que vive sola en el Hotel. Y la cosa es que estos viajes, sin alguna aventurilla, maldita la gracia que tienen. ¡Tonto! ¡Idiota! (Dándose un golpecito en la cara.) Pues de hoy no pasa. (Se guarda la carta.) O á la una ó á la otra. ¿A cuál de las dos? La que más me gusta es Dolores.. pero su hermano me impone. . Tiene un aire tan feróz...

ESCENA V

JULIANITO, MERCEDES que se asoma á la ventana de la derecha.

MER. No hay nadie... ¡Ah! Sí. (Viendo á Julianito.)

JUL. (Levantando la cabeza al ruido que hace la ventana al ser abierta.) ¡Ah! La del doce.

MER. Caballero... ¿me hace usted el favor de decirme si ha llegado ya el expréss?

JUL. (Llevándose la mano al bolsillo como para sacar la carta.) ¡Ay! Sí, sí señora. Hace poco oí desde mi cuarto el pitido de la máquina.

MER. Muchas gracias.

JUL. Servidor de usted. (Mercedes cierra el balcón y se entra en su cuarto) ¡Nada! Adentro. (Metiéndose la carta en el bolsillo.)

ESCENA VI

JULIANITO

Si yo fuera otro... (Suena el silbato de la locomotora.) ¿Eh? (Estremeciéndose.) ¡Y vuelta! No lo puedo remediar. Soy tan nervioso que ese pitido me dá cada susto!... ¡Hola! Llegan viajeros. (Se sienta en el banco colocado á la derecha, desdobla un periódico y se pone á leer.)

ESCENA VII

JULIANITO aparentando que lee. PEPE, AMALIA y UN MOZO con un baul y maletas. Salen por la segunda derecha.

PEPE (Al Mozo.) Deje usted el equipaje en el vestíbulo y pida dos habitaciones para nosotros. Las mejores que haya en el Hotel. (Entra el mozo en el Hotel.) Ya estamos aquí. (A Amalia.) Tú lo has querido. Milagro será que el viajecito no nos dé que sentir.

JUL. (Aparte, mirando á Amalia por encima del periódico.) (¡También es buena!)

AMAL. Tenía unos deseos de ver esta playa... Vamos, nenito, no te incomodes. ¿Qué temes? ¿Quién puede conocerte aquí? (En voz baja.)

PEPE (Lo mismo.) ¿Quién? Cualquiera.

AMAL. ¡Vaya, vaya! ¡No la tienes poco miedo!

PEPE ¿Miedo? ¿A quién?

AMAL. Ya lo sabes; á tu mujer. Ya, ya me han dicho que es muy celosa y que te zarandea de lo lindo.

JUL. (¡Qué acarameladitos están! Serán recien casados .. ¡Ah! ¡Recien casados!..)

AMAL. Como quieras. Aunque repito que tus temores son infundados. Había de ser mucha casualidad que te encontraras aquí con algún conocido que le fuera á tu mujer con el cuento. Ya has oído lo que nos han dicho. La temporada está concluyendo y no hay más que cuatro gatos.

ESCENA VIII

DICHOS, DON RUPERTO y DOÑA GERTRUDIS saliendo del Hotel.

GER. Anda, anda, Ruperto; que se te va á pasar la hora del baño.

RUP. Voy, voy. Pero ya sabes lo que te he dicho. Si te saluda, no contestas; si, por casualidad, te dirigiera la palabra, tampoco le contestas.

GER. Pero, hombre, si nunca lo ha intentado.

RUP. Bueno, bueno; por si acaso. No quiero, de ninguna manera, trato con gente problemática. Y á mí esa señora, esa señora del doce, me huele muy mal.

GER. Nada; no tengas cuidado.

RUP. Ya sabes mis ideas; moralidad y más moralidad.

GER. Bien, anda al baño y agárrate bien á la maroma; ¿eh? Mira que sé los atrevimientos que haces, y el mejor día viene un golpe de mar y ¡adiós Ruperto!

RUP. Estáte tranquila.

PEPE (A Amalia.) Sí; tienes razón. Sería mucha casualidad; pero, sin embargo...

RUP. (Fijándose en Pepe.) ¡Calle! Yo conozco esa cara. ¿Dónde la he visto? ¡Toma! ¡Pues si es Pepe Moreno... el sobrino de nuestro buen amigo Lucas! (Se adelanta hacia él.) ¡Pepito... Pepito!. . Venga un abrazo.

PEPE (¿Eh? ¿Quién es este esperpento?) La verdad... no recuerdo... Me parece que se equivoca usted.

RUP. ¿Qué me he de equivocar! Tú eres Pepito, Pepito Moreno.

GER. Idéntico al retrato que me enseñaste. (A Don Rupert.o) Es Pepito.

PEPE Sí, señor; yo soy Pepito.

RUP. ¿Y no te acuerdas de mí, de Ruperto Gómez, el de Búrgos, el que estuvo con tu tío en Madrid hace tres años?

PEPE ¡Ah! ¿Usted es Ruperto Gómez, el de Burgos? (A Doña Gertrudis.) ¿Es Ruperto Gómez?

GER. Sí; él es.

PEPE (Abrazándole.) (Pues maldito sea Ruperto Gómez.)

RUP. ¡Gracias á Dios! Al fin caíste.

PEPE Sí, señor; al fin caí... en seguida.

RUP. Venga otro abrazo. ¡Pobre Lúcas! Si te viera... Pero tú eres ingratón... ¡No haber ido á Burgos á hacerle una visita... ni cuando te casaste! Hombre eso está muy mal hecho.

JUL. (Parece que se conocen.)

RUP. ¿Y esta joven? (Por Amalia.) Bien; muy bien. (A Pepe.) Vamos, picaruelo, que has tenido buena elección. Ya, ya me dió tu tío la noticia. ¡Y es guapa! ¡Vaya!

AMAL. Muchas gracias.

RUP. Y tan modosita, ¿eh? (A Gertrudis.) Mírala, mujer; mira qué carita de inocencia.

PEPE Mucho, sí señor; muy inocente.

RUP. Has hecho bien, has hecho bien en casarte. Lo que yo digo: la moralidad ante todo. También nosotros iremos á Madrid dentro de tres ó cuatro días.

PEPE Vaya; pues me alegro tanto. Y ahora, con el permiso de ustedes, voy á ver si nos han preparado habitaciones.

RUP. Mira: mientras arreglan y colocan el equipaje, tu mujer puede subir con la mía á nuestro cuarto y componerse un poco ¿eh? Anda, hija mía, anda; acompáñala. (A Gertrudis.)

PEPE Bueno; como usted quiera.

RUP. Que charlen un poco. Las mujeres siempre tienen algo que decirse.

PEPE Claro. (Aparte, rápidamente, á Amalia.) (Mucho cuidado, ¿eh?) Hasta luego.

AMAL. Vaya, adios. ¿A qué hora se almuerza aquí? (A don Ruperto,)

RUP. A las doce ¿Hay apetito?

AMAL. Atroz.

PEPE ¡Oh! Esta devora.

RUP. Más vale así. Hasta después.

GER. (A don Ruperto.) Que no hagas atrocidades. Métete poco á poco.

RUP. No tengas cuidado. (Doña Gertrudis y Amalia entran en el Hotel.)

ESCENA IX

DON RUPERTO, PEPE y JULIANITO, que continua en el banco.

RUP. Me alegro, hombre, me alegro. Y díme: ¿pensáis estar aquí mucho tiempo?

PEPE ¿Mucho? ¡Cá! No señor. Mañana mismo nos vamos.

RUP. ¿Sin tomar los baños? Pues ¿por qué habéis venido?

PEPE Eso digo yo: ¿por qué hemos venido? Pues por nada, fué un capricho de ella...

RUP. Vaya, pues lo siento. Aquí no se pasa mal. Hay bastante concurrencia; y si no fuera por alguna que otra persona sospechosa... En fin, ¿cómo ha de ser? Ahora las aventureras se codean con las señoras de verdad y pasean con ellas... y se van con ellas...

PEPE Sí, señor; van con ellas.

RUP. Aquí mismo... ¿Ves aquella ventana? (Primera derecha.)

PEPE Sí; y ¿qué?

RUP. Nada, hijo; que ahí habita una... ¡Pues!... Ya me entiendes.

PEPE ¡Ah! ¿Una de las que hablaba usted hace poco?

RUP. Precisamente. Una señora sola, ¿eh? Vino hace tres días... Y ahí está... Ya ves tú.

PEPE ¡Hola! ¿Con qué?...

RUP. Enseguidita me la calé. En cambio, debajo de nuestra habitación, tienen las suyas dos hermanos con los que hemos hecho el viaje desde Burgos. Ella muy amable y muy modosita; y él, guapo mozo. Ya te los enseñaré

PEPE Sí, sí; cuando usted quiera. Con que voy á ver cómo estamos de habitaciones. Tengo la cara llena del humazo y desearía darme un chapuzón.

RUP. Y yo voy á darme otro en el mar á ver si nado un poquito. Pero esto no se lo digas á mi mujer Se empeña en que me bañe agarrado á la maroma y con vejigas, y ¡está tan feo!... Al fin, un hombre es un hombre... pero ella...

PEPE Nada, nada...

RUP. No; ella no nada.

PEPE No digo eso; digo que nada... que no la diré una palabra.

RUP. Ea; pues hasta luego. Anda, pillín, mas que pillín. (Dándole un golpecito en la mejilla.) ¡Si te viera tu tío!...

PEPE ¡Ay! Si me viera... hasta después, don Ruperto. (Vase don Ruperto por la segunda izquierda y Pepe entra en el hotel.)

ESCENA X

JULIANITO

¡Guapa mujer es la mujer del señor Moreno! Si yo encontrara una así.... Pero tendría que renunciar á estas aventurillas de soltero y, nequaquam. (Mira el reloj.) Pues se conoce que hoy Dolorcitas no se baña. Ya es la hora... la hora de su baño... ¡qué agradable hora! (Con ridícula delectación.) ¡Ay! ¡Qué... qué hora!

ESCENA XI

DICHO, MERCEDES saliendo del Hotel

MER. ¡Oh! ¡Qué impaciencia! ¡Me ahogo en mi cuarto! ¿Habrá llegado en este tren?

JUL. ¡Otra vez! (Se pasea en torno de Mercedes adoptando una actitud ridícula.)

MER. ¡Y qué servicio de fonda! Nadie dá noticias de nada. ¡Ah! Este joven ... (Reparando en Julianito.) Caballero....

JUL. Señora.... (¡Me llama! Está visto: quiere estrechar las distancias.) Estoy á sus órdenes.

MER. Perdone usted que le moleste tanto.

JUL. No es molestía, señora; no es molestía.

MER. ¿Sabe usted si ha venido algún nuevo huesped al Hotel?

JUL. Sí, señora; hace poco.

MER. ¿Un caballero alto, moreno?

JUL. Alto, moreno, precisamente.

MER. ¿De poco pelo?

JUL. No señora, parecía persona muy decente.

MER. No; si no es eso. Quería decir un poco calvo... casi nada.

JUL. No reparé.

MER. ¿Con bigote?

JUL. Negro, sí; con bigote negro.

MER. Y ojos....

JUL. Ojos también; ojos negros, también.

MER. ¡Ah! ¿Está usted seguro? ¿Pelo negro, bigote negro, ojos negros?

JUL. Sí, sí señora; todo en él es oscuro, hasta el nombre.

MER. ¡Ah! ¿Sabe usted cómo se llama?

JUL. Moreno, el señor Moreno.... Así le han llamado.

MER. ¿Moreno? ¿Pepe Moreno? ¿Ha dicho usted eso?

JUL. Justo; Pepe.

MER. Caballero: la última pregunta. ¿Viene... viene solo?

JUL. No tal; con su señora. Alta, pelo negro, ojos negros, bigote... digo, bigote, no. Pero ¿qué le pasa á usted?

MER. ¡Con su mujer! ¡Ah! (Cae desmayada sobre el banco de la izquierda.)

JUL. (Acercandose) ¡Esta sí que es la más negra! ¡Diablo! ¡Se ha desmayado! Voy á tirarla del dedo del corazón. ¡Ay! ¡Qué dedito! Señora... señora.... ¿Y qué hago yo? Avisaré en la fonda. (Se dirige apresuradamente al hotel y tropieza con Dolores que, en aquel momento, sale.)

ESCENA XII

DICHOS y DOLORES

DOL. Hombre, no sea ustez bárbaro.

JUL. Mil perdones; pero, ya vé usted... las ciscunstancias.... ¿Le he hecho á usted daño?

DOL. ¿Qué? ¿Se ha puesto mala? (Acercándose á Mercedes.)

JUL. Sí, y yo... yo iba á la fonda... y allá voy. Entre tanto, hágame usted el favor de permanecer á su lado.

DOL. Pero, ¿cómo ha sido esto?

JUL. (Volviéndose desde la puerta del hotel y con misterio.) A mí me huele á historia. Me preguntó si

había llegado al hotel un caballero alto, con bigote....

DOL. ¿Negro? (Acercándose á Julianito con ansiedad.)

JUL. Justo.

DOL. ¿Y ojos?... ¡Ay! Dígame ustez cómo son los ojos.

JUL. Negros. En fin; el señor Moreno, y al saber...

DOL. ¿Qué? ¿Ha llegado?

JUL. Precisamente. Al saber que había llegado... Voy... voy....

DOL. (Cogiéndole por la americana) ¿Ha dicho ustez Moreno, verdad? ¿Ustez está seguro?

JUL. Sí; pero suelte usted. Esa señora necesita auxilio... y además, esta tela tiene muy poco cuerpo; se rasga en seguida.

DOL. ¿Y dice ustez que Moreno se ha hospedado en este hotel? (Sin soltarle)

JUL. Sí, señora. ¡Que se va usted á quedar con la manga!

DOL. ¿Y esta señora se ha desmayado al saber que ha venido Moreno?

JUL. ¡Justo! ¡Que tiene muy poco cuerpo!

DOL. ¿Y por qué? (Mirando á Mercedes.)

JUL. Porque es género barato, señora.

DOL. La última pregunta. Moreno ¿viene solo?

JUL. No; con su señora.

DOL. ¡Con su señora! ¡Es casado! (Cae desmayado en brazos de Julianito.)

JUL. ¡Eh!... ¿Usted también? Pero ¿quién diablo será ese señor Moreno que acongoja á todo el mundo? ¡Virgen Santísima! ¿Y dónde dejo yo á esta mujer, dónde la dejo? En ninguna parte, porque no puedo dar un paso. ¡Cuidadito si pesa! Y la otra tampoco da señales de vida. ¡Eh!... Señora... (A Dolores.) Señora... (A Mercedes.) Hagan ustedes el favor de volver en ustedes. ¡Y que son dos divinidades! ¡Ay! ¡Qué cara y qué pelo tiene! (Mirando á Dolores.) Vamos, Julián, Julianito; ya que te han puesto en un compromiso, saca de la situación el mejor partido que puedas. A ver... (Registrándose trabajosamente el bolsillo con la mano que le queda libre.) Aquí está. (Saca la carta.) Un poco arrugada; pero no hay

que reparar en pelillos. ¿Dónde se la pongo?

MER. (Que recobra el conocimiento.) ¿Qué ha sucedido? ¡Ah! Sí.. ¡Pillo! ¡Mal hombre!

JUL. ¿Qué? (Volviéndose sobresaltado. Da aire á Dolores con la carta.) Vamos; es que esa señora recobra el conocimiento.

MER. Esto es superior á toda fuerza.

JUL. Sí; superior. Si viera usted cómo pesa...

MER. ¡No se puede aguantar!

JUL. No, señora; no se puede Se cae, se cae al suelo sin remedio.

MER. ¿Cómo? (Se vuelve á Julianito.) ¿Qué es esto?

JUL. Ya lo ve usted. Señora, señora, hágame usted el favor de echar una mano. Voy á tener que soltarla

MER. ¿Y á mí qué me importa? (Hablando consigo misma y dirigiéndose al hotel.) ¡Canalla... más que canalla!

JUL. Señora... pero ¿qué culpa tengo yo?

MER. Ya nos veremos las caras. (Entra en el hotel.)

ESCENA XIII

JULIANITO y DOLORES

JUL. Pero si yo... ¡Pues es buena! ¿Por qué me insultará? ¡Ay! ¡Que se resbala! Si me pudiera acercar al banco... (Da un paso trabajosamente.) Otro pasito más. ¡Ajajá! ¡Ay! ¡Qué gusto! (Deja caer á Dolores sobre el banco.)

ESCENA XIV

DICHOS y MELENDEZ

JUL. ¡Su hermano! (Al reparar que tiene aún la carta en la mano.) ¿Y esta carta? (Da otra vez aire á Dolores con la carta.)

MEL. ¿Qué sucede? Dolores...

JUL. (¿Qué se va á creer este hombre?) Vaya .. voy por agua... Mire usted; me parece que ya recobra el sentido.

MEL. (Deteniéndole por la americana) Pero ¿me hará usted el favor de explicarme?...

JUL. (¡Nada! ¡Que la hacen pedazos!) Pues, le diré á usted...

DOL. (Recobrando el conocimiento.) ¡Infame! La muerte es poco para él.

JUL. Ese no soy yo, ¿eh? Se refiere al otro. (Con temor.)

MEL. ¿Al otro? ¿A quién?

JUL. Al que ha llegado; al señor Moreno.

MEL. ¡Moreno! ¡Moreno aquí!

JUL. Sí, señor; pero... viene sólo. (No vayamos á tener otro compromiso.)

MEL. ¿Y su mujer, lo sabe?

JUL. ¡Toma! ¡Ya lo creo! (Yo no sé si estaré diciendo alguna barbaridad.) Vaya, puesto que usted queda con ella... (Dirigiéndose al hotel.) que se alivie. (No me hace caso. Me parece que me he librado de buena.) ¡Ah! (Al ver la carta que aún conserva en la mano.) ¡Adentro! (Se la mete en el bolsillo y entra en el hotel.)

ESCENA XV

DICHOS menos JULIANITO.

MEL. Ya recobra el sentido. Vaya; pues yo no quiero historias. Lo mejor será que arregle ahora mismo mi maleta y, sin despedirme de nadie... (Hace ademán de dirigirse al Hotel.) No; ahora no es posible. (Viendo á don Ruperto que viene por la izquierda.)

ESCENA XVI

DICHOS y DON RUPERTO.

RUP. No; hoy no me baño. Sería una temeridad. Hay mar fuerte. ¿Cómo (Reparando en Dolores y Meléndez.) está enferma esta señorita?

DOL. (Reponiéndose del todo.) ¡Malditos sean todos los hombres!

MEL. (Aparte á Dolores.) (Por Dios, señora, que no estamos solos) (A don Ruperto.) Dispénsela usted. (Dolores se levanta y se pasea por la escena.)

DOL. ¡Engañarme de esta manera!... ¡Y un hombre casado! El muy... Pero me las pagará, me las pagará.

MEL. (Que irá detrás de ella lleno de temor.) Por Dios, un poco de calma. Vamos á dar un escándalo.

DOL. ¡Un escándalo! ¡Ya lo creo! ¡Pues no que no! (Parándose repentinamente delante de Melendez.) ¿Qué cuarto ocupa? Ea; pronto. ¿Cuál es su habitación?

MEL. Yo no sé nada.

DOL. (A don Ruperto.) ¿Y usted tampoco... tampoco lo sabe?

RUP. Si no me explica usted de quién se trata...

DOL. ¿De quién ha de ser? De ese tunante; del señor Moreno.

RUP. ¿Del señor Moreno? ¿De Pepe Moreno?

DOL. Sí, hombre, sí. (Impaciente.) ¡Se ha quedado ustez lelo! (Vuelve á sus paseos. Ahora van detrás de ella don Ruperto y Melendez.) ¡Desirme que tenía necesidad de los baños! ¡Buenos baños serán ellos!

MEL. Pero, Doloreitas...

RUP. Pero, señorita, vea usted lo que dice. Explíquese usted.

DOL. ¡Un hombre casado!

RUP. Señorita... un momento. (Colocándose delante de ella.)

DOL. ¡Eh!... Hombre... déjeme ustez en paz. (Entra en el Hotel.)

ESCENA XVII

MELENDEZ y DON RUPERTO.

RUP. No acabo de comprender...

MEL. Perdónela usted esos arranques. Al fin se trata de su marido.

RUP. ¡Su marido! ¿Quién?

MEL. ¿Quién ha de ser? El señor Moreno.

RUP. ¡Dios santo! ¿Sabe usted lo que se dice? ¡Su marido!

MEL. Así como suena. Y ella viene, los dos venimos en su busca por sospechar que su viaje á esta playa traía su intención.

RUP. ¡Qué si la traía! ¿De modo... de modo que esa que la acompaña?...

MEL. ¡Ah! Pero ¿le acompaña una?

RUP. ¿Usted no lo sabía?

MEL. ¿Yo? Sí... y ella también... y claro, está indignada... los dos estamos indignadísimos.

RUP. Y yo también.

MEL. Bueno; pues los tres.

RUP. ¡Y he dejado que mi mujer vaya con ella! (Volviéndose á Meléndez.) Joven: comprendo lo que sufrirá usted en estos momentos.

MEL. No, señor, nada, nada; que no puede usted figurárselo. Mucho, caballero, mucho.

RUP. Pero nada de escándalos, que siempre redundarían en perjuicio de su hermana.

MEL. No; nada de escándalos. ¿Le parece á usted que me vaya? Sí; es lo mejor. Ahora mismo voy á arreglar la maleta.

RUP. ¿Qué intenta usted? Huir. Eso nunca. Usted y yo hablaremos á su cuñado.

MEL. No. ¡Hablarle yo... yo! Usted, usted solo. Yo, la verdad, no tengo grandes deseos de verle. Nos tratamos poco; muy poco; casi nada. (Se oye ruido de voces.)

RUP. ¡Eh! Silencio. ¿No oye usted?

MEL. Ruido, sí; es gente que baja.

RUP. Fíjese usted en esa voz.

MEL. No la conozco.

RUP. Es la de esa desventurada.

MEL. ¡Ah! ¿La de esa desventurada? Pues con permiso... (Hace ademán de alejarse.)

RUP. (Deteniéndole.) Este es su puesto.

MEL. Tiene usted razón. Este es mi puesto. (Consulta el relój.) (Falta una hora para la salida del tren. Afortunadamente la estación está un paso.)

ESCENA XVIII

DICHOS y AMALIA que sale del hotel

AMAL. Arriba queda Gertrudis.

RUP. (¡Gertrudis!.. ¡Gertrudis!.. ¡Cuánta confianza tenemos ya!) (Alto y con mucha seriedad.) Señora... (La llamaré señora.) Tenemos que hablar.

AMAL. (¡Jesús! ¡Qué seriedad!) Bueno; hable usted.

RUP. (Aparte á Meléndez.) (Ande usted; dígala usted algo.)

MEL. (Aparte á Ruperto.) No, no; usted. A mí me da no sé qué...

RUP. (Bueno, pues yo.) (A Amalia después de una pausa.) ¿Sabe usted quiénes somos nosotros?

AMAL. A ese caballero no tengo el gusto de conocerle. En cuanto á usted... usted es don Ruperto.

RUP. Pero, además, además de eso, ahora este señor y yo somos otra cosa.

MEL. Otra cosa.

AMAL. (¿Qué serán?)

RUP. Nosotros somos sus jueces.

MEL. Eso, sus jueces.

RUP. Y está usted delante...

MEL. Delante de sus jueces... eso.

AMAL. (¡Uf! ¡Todo se lo llevó la trampa!) (Pausa. Don Ruperto mira á Amalia y adelanta un paso; quiere decirla algo y no encuentra palabras para ello.)

RUP. Me parece que lo habrá usted comprendido todo. No tenemos que añadir ni una sola palabra. (¿Eh?) (Volviéndose á Meléndez.)

MEL. No tenemos más que decir.

RUP. Pero, sí. Este caballero es el hermano de la esposa de Pepe.

MEL. Justo; yo soy... ese.

RUP. Y viene acompañando á su hermana, que vive en este mismo hotel.

MEL. Número seis.

AMAL. (¡Ella aquí! ¡Nos hemos lucido!)

RUP. Y como usted comprenderá, la moral, la

moral pide... (En este momento se asoma Pepe al balcón primero de la derecha.)

PEPE Vaya; el cuarto no es muy alegre, pero las vistas son buenas.

RUP. ¡Eh!... Pepe... baja..

PEPE Allá voy. (Se retira del balcón.)

RUP. (A Meléndez.) Verá usted ahora.

MEL. ¡Cá! Yo no lo veo. (Se dirige hacia la izquierda.)

RUP. ¡Pero, hombre!...

MEL. Me conozco y... nada... que no me siento con fuerzas para verle delante de mí. Es cuestión de temperamento. (Vase precipitadamente por la segunda izquierda.)

RUP. Pero, hombre... Nada, no quiere.

ESCENA XIX

DON RUPERTO, AMALIA; después PEPE

AMAL. (Aquí va á haber un lío de los gordos. Lo mejor será poner piés en polvorosa.) (Se dirige hacia el hotel.)

RUP. Se vá. Hace bien, muy bien. Ya estaba yo molesto. (Cuando Amalia va á entrar en el hotel, sale del mismo Pepe.)

AMAL. (A Pepe.) Tu mujer está en el hotel.

PEPE ¡Mi mujer aquí!

AMAL. Arriba te espero. (Entra Amalia en el hotel y Pepe se dirige á la derecha sin hacer caso de don Ruperto, el cual le detiene.)

ESCENA XX

DON RUPERTO y PEPE

RUP. Ven acá. Lo sé todo.

PEPE Sí. Yo también.

RUP. Esa... señora que acaba de entrar en el hotel no es tu mujer.

PEPE ¿Quién se lo ha dicho á usted?

RUP. ¿Quién? Tu cuñado.

PEPE ¿Está aquí? Adiós. (Hace ademán de dirigirse á la izquierda.)

RUP. Ven acá. (Cogiéndole del brazo.) ¡No tienes vergüenza! ¡Venir en compañía de una mujerzuela! ¡Consentir que mi esposa se codee con ella!... ¡No teníamos bastante con la del doce y te traes tú otra!

PEPE Suélteme usted, por Dios.

RUP. ¿Qué intentas?

PEPE Tomar el tren que sale dentro de una hora. Nada más que eso.

RUP. Bien; pero te marcharás con tu mujer.

PEPE ¡Con ella!...

RUP. Es en vano que te resistas. Las cosas se han de arreglar como es debido. Para algo estoy yo aquí. Tú ahora te vas... bueno. Buscas á tu cuñado; le das las explicaciones que puedas... Entre tanto, yo pongo en autos de lo que ocurre á mi mujer, y ésta abordará á la tuya. Siempre lo hará mejor que cualquiera de nosotros. En fin; ya se verá de prepararte el terreno. En cuanto veas á tu cuñado das la vuelta al Hotel, ¿sabes? Y en seguidita todos al tren... y á Madrid. Yo también me marcho. No quiero malas compañías. Con que, anda, anda... y no te quejes.

PEPE Pero ¡Don Ruperto!...

RUP. No hay apelación. Te digo que este es el único camino que te queda.

PEPE Mas...

RUP. (Empujándole hácia la derecha.) Que no hay tiempo que perder. De tu equipaje no te ocupes. Yo mandaré á un mozo que le lleve á la estación y que le facture con los nuestros. Ea, á buscar á tu cuñado. (Vase Pepe por la derecha.)

ESCENA XXI

DON RUOERTO y DOLORES que se asoma á la ventana de la izquierda, en cuanto desaparece Pepe.

RUP. ¡Qué cabeza tienen los muchachos del día; (Viendo á Dolores.) ¡Chist! Todo se arreglará. no tenga usted cuidado. Está arrepentidísimo... arrepentidísimo completamente.

Dol. ¿Qué dise este hombre?

Rup. Usted... séria, un poco séria... Es conveniente. Pero no tire usted mucho de la cuerda. (Aparte al entrar.) Será difícil abordarla. ¡Pobrecilla! Afortunadamente tiene cara de buena; y como es su marido... Es preciso, es preciso que la moral triunfe una vez siquiera. (Entra en el Hotel.)

ESCENA XXII

DOLORES en la ventana, después MELENDEZ que sale por la segunda izquierda.

Dol. ¿Se burlará de mí ese tío? (Pausa.) Pues, señor, ¿por qué se habrá desmayado la del dose al saber que había llegado Pepe? Otro lío... como si lo viera. ¿Y dónde se habrá metido ese granuja?

Mel. (Saliendo.) Ea... no hay nadie. (Mirando en torno suyo, receloso.) Esta es la mía. Cojo la maleta, y al tren.

Dol. ¡Chist!... Meléndez... Meléndez...

Mel. ¿Quién? ¡Ah! ¿Usted?

Dol. ¿Le ha visto usted?

Mel. Yo no he visto á nadie. (Entra en el Hotel y se oye dentro al mismo tiempo el segundo toque de la campana para avisar á comer.)

Dol. ¡Jesú! ¡Qué pólvora!...

ESCENA XXIII

DOLORES asomada á la venta y DON RUPERTO que se asoma al balcón de en medio.

Rup. Me parece haber oído la voz de Dolorcitas... ¿Eh? ¿Qué tal? ¿Se va pasando? ¿La cosa se arregla?...

Dol. ¡Buen arreglo nos dé Dios!...

Rup. Todos tenemos que poner algo de nuestra parte.

Dol. ¡Pues yo no pongo nada!

RUP. Vamos, Dolorcitas... ¡Piense usted que el pobre Lúcas se vá á llevar un disgusto atroz!

DOL. ¡El pobre Lúcas!

RUP. Y que su marido de usted no es malo...

DOL. (Aparte.) (Ya me carga esto y perdido por mil...) (Alto.) Caballero, yo no tengo marido... Ni lo tendré nunca. ¡Ay! ¡Ni lo tendré nunca!...

RUP. (Aparte.) (Está dura de pelar...) (Alto.) ¿Sabe usted lo que le digo?

DOL. ¿Qué?

RUP. Que nos vamos en el primér tren.

DOL. Pues que lleven *ustés* buen viaje.

RUP. Y... ¡Ea!... Que usted se vendrá con nosotros.

DOL. ¡Qué yo me voy también!

RUP. Con nosotros y con su marido; ¡no que no!

DOL. Le repito á ustez que yo no tengo marido... Yo soy viuda ya.

RUP. (Aparte.) (¡Viuda! ¡Viuda! En cuanto hay una nube en el matrimonio ya se sabe; caballero, yo soy viuda.) (Alto.) Ande usted, ande usted á preparar su equipaje. Que no me diga usted ni una palabra más... ¿Eh?... Ni una sola.

DOL. Pero...

RUP. Siquiera por Lúcas... Acuérdese usted de Lúcas... Compadézcase usted de Lúcas... (Aparte al hacer el mutis.) (Le echaremos á mi mujer.)

DOL. De fijo es una burla... ¡Pues yo les aseguro!... (Cierra de golpe la ventana.)

ESCENA XXIII

MERCEDES saliendo del Hotel.

MER. Me ha dicho un camarero que no está. Bueno; aquí le aguardo. El vendrá. (Se sienta en el banco de la izquierda.) Y la cosa... la cosa es que no se me ocurre nada para vengarme como yo quiero. (Nueva pausa.) Llamarle pillo, infame, mal esposo... ¿Y para qué? Se lo he llamado tantas veces y me ha servido de

tan poco... Pegarle, pegarle en presencia de esa... No; no es bastante. Yo deseo una venganza más fuerte, más terrible, más... algo algo que le llegue al alma, que le desespere, que le .. Y no se me ocurre. Pues así no queda. Ya me he cansado de sufrir en silencio sus truhanerías. ¡Su mujer! ¡Presentarla como su mujer! ¡Y yo! Si cuando lo pienso... No me engañó quien me dijo lo de París... ¡Porque esta es la de París, como si lo viera!

ESCENA XXIV

MERCEDES y JULIANITO que sale del Hotel.

JUL. ¡Ah! (Viendo á Mercedes Se acerca.) ¿Qué tal, señora? ¿Está usted ya mejor?

MER. Sí; muchas gracias. (¡Es lo que faltaba! ¡Este importuno!)

JUL. Me alegro, me alegro. ¡Buen susto me dió usted! ¡Verla en aquella situación!... Fué un momento terrible... Un momento terrible para mí. (Me parece que la insinuación no puede ser más clara)

MER Sí; lo comprendo. Pues ya estoy bien. (Pausa. Julianito no se mueve del sitio donde está, sin atreverse á decir nada.)

JUL. (Eso de no saber cómo se empieza...)

MER. (¡Qué tipo más extravagante! ¡Y nada! ¡No se mueve!) (Julianito adelanta un paso. Mercedes le mira fijamente)

JUL. Con que... ¿Mejorcita, eh?

MER. Sí, señor; aquello no fué nada, un vahído.

JUL. Justo; un vahído. (Pausa.) Y ¿qué? ¿Ha visto usted al señor Moreno?

MER. No; ¿por qué?

JUL. Como preguntó usted si había llegado... Por eso...

MER. (Nerviosa.) Pues no; no le he visto.

JUL. (Me parece que no se deben empezar así estas conversaciones.) (Mercedes se queda mirando fijamente á Julianito, como si la acometiera una repentina idea.)

MER. Sí... (Se levanta y dá un paso hacia Julianito.) No... (Deteniéndose. Dá un paso hacia el Hotel.) ¿Y por qué no? (Deteniéndose.) Porque no. (Otro paso hacia el Hotel.) Pues sí. (Volviéndose desde la puerta.)

JUL. (¿Estará?...) (Llevándose la mano á la frente con el ademán que se emplea para indicar que una persona no tiene cabales sus sentidos.)

MER. Caballero ..

JUL. Señora..

MER. (Pero ¡qué ridículo es! Mejor.)

JUL. (¿Qué querrá? Julianito; mucha prudencia, no vaya á desmayarse otra vez.)

MER. Caballero... (Bueno; ¿y qué le digo?) Usted... usted... ¿es casado?

JUL. ¡Ah! No, señora... célibe, célibe para servir á usted. (Esta sí que tiene su intención)

MER. ¿Conque... soltero? (Aparte, después de una pausa.) (Vamos; que no sé cómo se las componen algunas mujeres en estos casos.)

JUL. He dicho que para servir á usted. (Esto se anima.)

MER. Pero... ¿de veras?

JUL. No lo dude usted.

MER. ¡A cuántas habrá usted dicho lo mismo?

JUL. A ninguna, señora, créalo usted; es la primera vez. (Mercedes se sienta en el banco de la izquierda. Julianito permanece á honesta distancia.)

MER. Vamos, hombre; acérquese usted. (Al decir esto vuelve la cabeza al otro lado.)

JUL. ¡Caspitina! (Se acerca un poco.)

MER. Más, hombre, más. Siéntese usted. (Casi volviéndole la espalda.)

JUL. ¡Hola, hola! (Se sienta. Mercedes le vuelve la espalda completamente.)

MER. Dígame usted algo.

JUL. (¡Se me ha pegado la lengua al paladar!) Pues yo... pues yo...

MER. (¡Uf! ¡Qué bobo! No; pues, aunque no hable, yo no me marcho hasta que venga Pepe. Ha de vernos así.) Pero ¿qué le sucede á usted? ¿No me ha oído?

JUL. Sí... sí, señora.

MER. ¡Pues dígame usted algo!

JUL. (Y se va á incomodar... ¡y voy á perderlo todo por este genio!) (Se abre el balcón del cuarto de don Ruperto, que es el de enmedio, y sale éste.)

RUP. Ya estará mi mujer convenciéndola. (Viendo á Mercedes y á Julianito) ¡Puf! ¡Qué escenas! (Cierra de golpe el balcón.)

JUL. (Asustado.) ¿Eh?

MER. ¿Qué es eso? (Después de mirar al balcón, al volver la cabeza, ve á Pepe que viene por la derecha.) ¡Ah! ¡Mi marido! (Se vuelve rápidamente á Julianito.) Hable usted, hombre, hable usted... que pase un mal rato. (Bajo á Julianito, que la mira con asombro.) Hábleme usted como si yo fuera su novia... Manoteé usted al menos.

ESCENA XXV

DICHOS y PEPE que al ver á su mujer da un paso hacia atrás y luego se detiene al advertir que está acompañada de Julianito

PEPE ¡Mi mujer!... ¡Y está hablando con uno!

MER. (Muy alto y como si continuará su conversación con Julianito.) ¡Já, já, já! ¡Pero qué cosas más saladas dice usted! A ver, repítame usted eso.

JUL. ¿El qué? ¡Señora! ¡Si yo no he dicho nada! (Ciertas son mis sospechas.) (Se aleja un poco de Mercedes. Esta adelanta.)

PEPE (¡Y cómo se ríe! ¿Habrá cosa igual?)

MER. (Rápidamente y bajo á Julianito.) (Accione usted... No se separe usted tanto...) ¡Cá! Si no le creo á usted. ¡Pero qué gracia tiene! (Bajo en son de reproche.) (¡Mucha gracia, mucha gracia!)

PEPE (¿Quién será ese botarate? ¿Qué será eso que no le cree?)

MER. No hable usted así de él... al fin y al cabo es mi marido... (Bajo á Julianito, sin darse cuenta de lo que dice.) (Tómate esa.)

JUL. (¡Dios mío de mi alma! ¡De remate! ¡De remate! ¡Esto es peor que lo del desmayo!) (Mercedes sigue gesticulando. Pepe se acerca poco á poco.)

MER. (Sin dejar de accionar.) Estará pasando un sofo-

cón de padre y muy señor mío... y usted .. (Sin darse cuenta de lo que dice.) Va á salir de aquí con algo roto.

JUL. ¿Yo? Pues con permiso de usted...

MER. (No se vaya usted.) Hombre, no... eso no. (Cójame usted una mano.)

PEPE No; eso de ninguna manera. (Avanza y se coloca junto á Julianito.) Es usted un botarate.

JUL. ¡El señor Moreno!

MER. (A Pepe.) ¿Eh? ¿Qué quiere usted? ¿Con qué derecho se mezcla en nuestros asuntos?

PEPE ¡Señora! ¡Señora!... Usted y yo ya hablaremos. Ahora es con este caballerito, con el que tengo que tratar una cuestión grave... pero muy grave.

JUL. ¿Conmigo? Pues si yo...

MER. (A Julianito.) Y... ¿usted consiente?...

JUL. Y ¿qué voy á hacer?

PEPE (Zarandeándole.) Es usted un títere.

JUL. ¡Señor Moreno!

PEPE ¡Y un cobarde!

JUL. ¡Señor Moreno!

PEPE Y un. .

JUL. (A mí me va á dar algo. Sí; además de lo que me dé este señor, á mí me va á dar algo muy malo.)

MER. Ea; basta, caballero, basta. Repito que usted no tiene derecho para mezclarse en lo que no le importa.

PEPE ¿Que no me importa?

MER. No.

PEPE ¿Que no tengo derecho?..

MER. Eso; que no.

PEPE ¿Que yo no voy á matarle?

JUL. Hombre, no; ¿por qué? ¡Vaya un capricho!

PEPE (Sin soltar á Julianito.) Repítame usted, repítame usted eso que decía hace poco... que me ría yo también. Vamos, hombre, aquello del marido, aquello... que debe tener mucha gracia. Ande usted... repítalo.

JUL. ¡Pero si yo no decía nada! (Aparte á Pepe.) (Es que esta señora, como está así...)

ESCENA XXVI

DICHOS y DON RUPERTO que sale del hotel

RUP. Pero, ¿qué es esto? ¿Otra tenemos?
PEPE Me alegro que venga usted.
RUP. ¿Estás loco? ¿Qué escándalo es éste? Ven acá... deja á ese joven. (Cogiendo á Pepe.)
PEPE Pero si usted no sabe... Los he sorprendido.
RUP. ¿Y á tí qué te importa?
PEPE Una conversación graciosísima, graciosísima.
RUP. Me lo figuró. ¡Buena conversación sería ella!
PEPE ¿Y lo dice usted con esa calma?
RUP. ¡Psch! ¿Qué le vamos á hacer?
PEPE ¡Es que nadie tiene derecho á tomarse esas libertades con ella!
RUP. ¡Con ella... con ella! ¿Tendremos otra en campaña? ¡Pero, Pepe!
PEPE ¡Pero, don Ruperto!
RUP. (Con misterio.) ¿Qué puedes esperar de mujeres así?
PEPE ¿Qué dice este hombre?
RUP. Si es la del doce... la de que te hablé antes. ¡Ea, déjala!
PEPE ¡La del doce! ¡Usted no sabe lo que se dice!
RUP. ¡Y vuelta! Vente conmigo. Que se digan lo que quieran.
MER. (¿Qué hablarán?)
JUL. (Me parece que ha llegado mi última hora. Me iré escurriendo.) (Se va poco á poco hacia la izquierda.)
PEPE (A don Ruperto.) ¡Eh! Que no puede ser. (A Julianito) Y usted quieto, que tenemos que hablar los dos todavía.
JUL. No, si no me marcho.
RUP. Que se nos va á escapar el tren.
PEPE Que se escape. Yo no me voy.
RUP. ¿Que no? Hombre, te juzgaba malo, pero no tanto. ¿Serás capaz de abandonar á tu mujer?

PEPE — Sí, señor; muy capaz. ¿Qué quiere usted que haga?

RUP. — ¡Y por una!... (Mirando á Mercedes despreciativamente.) Lo dicho; estás loco.

ESCENA XXVII

DICHOS.—MELENDEZ con una maleta y una manta de viaje.—Sale del hotel

MEL. — Ea.... (Ve á los que están en escena.) ¡Cielos divinos! (Deja caer la maleta.)

RUP. — (Cogiendo á Pepe por un brazo y llevándole delante de Meléndez.) Pues díselo, si te atreves.

PEPE — Pero...

RUP. — Nada, Pepe, nada; díselo. Aquí quiero yo ver á los valientes.

MEL. — (Aparte á don Ruperto.) (Hombre... no le achuche usted.)

PEPE — Y á este señor, ¿qué le importa?...

RUP. — (A Meléndez.) ¿Le oye usted?

MER. — (¿Quién será este hombre?)

MEL. — Sí, señor; le oigo. Vaya... con el permiso de ustedes. (Hace ademán de marcharse. Julianito ha llegado ya cerca de la salida de la izquierda y Pepe le ve.)

PEPE — (A Julianito.) ¡Eh! Usted quieto. Tenemos que hablar.

JUL. — No, si no me voy.

RUP. — (A Meléndez.) ¿Usted también la abandona?

MEL. — (Aparte á don Ruperto.) (Cállese usted, hombre de Dios.)

PEPE — ¡Cómo!... ¿A quién abandona? Explíquese usted.

RUP — ¿A quién ha de ser? A tu mujer, á tu pobrecita mujer.

PEPE — ¡A mi mujer!

MER. — ¿Qué? (Acercándose llena de asombro.)

PEPE — ¿Y por qué tiene él que abandonarla?

MEL. — Hombre .. como ya está usted aquí....

RUP. — Pues no debe usted hacerlo. Ya que éste, por sus locuras, se aparta de ella, al menos que

á la infeliz le quede el consuelo de su compañía.

MER. (A don Ruperto.) ¡A usted le falta un sentido!

JUL. ¡Y habla ella de sentidos! ¡No me queda más que oir!

RUP. (A Mercedes.) Y á usted ¿quién la mete donde no la llaman? Déjenos en paz.

MER. Es que yo no conozco á ese caballero. (Por Meléndez.)

RUP. ¿Vuelta? ¿Y á nosotros qué nos importa que le conozca usted ó no?

MER. Y si ese caballero afirma lo contrario, miente... miente, sí. (Encarándose con Meléndez.) ¿Por qué tiene usted que abandonarme, por qué?

PEPE Eso; ¿por qué?

MEL. Yo... por nada... absolutamente por nada.

MER. ¿Cuándo me ha dirigido usted la palabra?

PEPE Eso; ¿cuándo?

MEL. Pues... nunca... no recuerdo. Como no haya sido alguna vez en la tienda....

RUP. Pero ¿qué tiene que ver?

MER. (A don Ruperto.) Es que usted dice....

PEPE ¿A qué mete usted esos embrollos?

RUP. Pero, ¡señora!...

MER. Pero, ¡señor mío!...

RUP. ¿Quién le dá á usted vela en este entierro?

MER. Me la tomo yo, porque puedo; porque soy la única que puede hablar alto.

RUP. Pero sepamos de una vez, ¿quién es usted?

MER. La mujer de Pepe.

RUP. ¿De éste?

PEPE Sí.

RUP. ¡Tu mujer!

JUL. ¡María Santísima! (Se vá huyendo, metiéndose en el Hotel.)

MEL. Ahora me la dan.... (Poniéndose la manta en la cara.) Vaya si me la dan. Es inevitable.

RUP. (A Meléndez.) Entónces... su hermana....

ESCENA XXVIII

DICHOS, DOLORES y GERTRUDIS que salen juntas del Hotel

RUP. (Acercándose á Dolores.) ¿Quién es usted, señora?

DOL. Una pobresica viuda, engañá por ese perdío.

PEPE ¡Lola aquí! (A Mercedes.) Vamos, vamos. Ya te explicaré y me explicarás....

MER. ¡Esa es! ¡Infame!... Déjame... suelta...

RUP. (Corriendo á ellos.) ¿Pero... de veras... de veras es usted la mujer de Pepe?

MER. Sí... por mi desgracia.

DOL. ¡Su mujer! ¡Habrá lioso!

GER. (A don Ruperto.) ¡Su mujer! ¿Otra?

RUP. No... digo, sí... no lo sé. Mira, hija, por si acaso, no intimes mucho con ella.

PEPE (A Mercedes.) Pero, ¿y tu hermano? (A don Ruperto.) ¿Dónde está su hermano?

MEL. (Quisiera estar debajo de siete estados de tierra.)

RUP. Este caballero me dijo... (Por Meléndez.)

PEPE (A Meléndez.) ¿Usted?... ¿Y á qué objeto? ¡Señor mío! (Adelantándose hacia él.)

ESCENA XXIX

DICHOS, y AMALIA que sale del Hotel

AMAL. Aquí, por lo visto no se almuerza, y yo tengo un hambre....

PEPE ¡Era lo que faltaba! (Viendo á Amalia Se dirige á su mujer.) Vamos, vamos.

MER. (A Pepe.) ¿Por qué tanta prisa? ¿Tú conoces á esa mujer? (Por Amalia.)

PEPE (Haciendo esfuerzos por llevársela.) Que no.... Te juro....

MER. ¡Dos!... ¡Con dos!... ¡Infame! Que me dejes.

PEPE Hijita... por Dios...

DOL. ¡Se la lleva!

MER. (Al salir, obligada por Pepe, mirando á Amalia y á Dolores.) ¡Habráse visto!... (Salen Pepe y Mercedes.)

DOL. ¡Mal caballero!

AMAL. ¡Valiente rebullicio! Hasta Madrid.

RUP. (A Meléndez.) Haga usted el favor de hacer callar á su hermana.

MEL. Ea; no quiero. (¡Ya me descaré!) (Coge sus bártulos y se aleja.)

RUP. (Coge del brazo á Gertrudis y se dirige al Hotel.) Adentro, Gertrudis, que nos den la cuenta en seguida. ¡Vaya un par! No las mires, nena, no las mires.

DOL. Me parece que tengo viudez para toda mi vida. Mi último desengaño. (Suena otra vez la campana de la fonda; el tercer toque.)

AMAL. (Acercándose á Dolores.) Diga usted: ¿es el último toque?

DOL. Creo que sí.

RUP. (Ya cerca de la puerta del Hotel, á su mujer.) Espera. Tenemos que despedirnos de estos señores. (Por el público. Mira á Dolores y a Amalia con recelo.) Delante de éstas no puedo... nada que no puedo.

DOL. ¡Cuánto requilorio!

Al público

Es tan poco lo que quiero
que ¿quién me lo negará?
Dáme un aplauso, ó me muero,
¡qué estoy más desconsolá!...

TELON

PUNTOS DE VENTA

MADRID

Librerías de los *Sres. Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, 9; de *D. Fernando Fe*, Carrera de San Jerónimo, 2, de *D. Antonio San Martín*, Puerta del Sol, 6; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, 7; pe *D. Manuel Rosado*, calle de Esparteros, 11: de *Gutenberg*, calle del Príncipe, 14; de los *Sres. Simón y C.ª*, calle de las Infantas, 18; de *D. Hermenegildo Valeriano*, calle del Horno de la Mata 3, y de los *Sres. Escribano y Echevarría*, plaza del Angel, 12

PROVINCIAS Y EXTRANJERO

En casa de los corresponsales de esta Administración.

También pueden hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.